



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE ARTES
MAGISTER EN TEORIA E HISTORIA DEL ARTE

La anunciación a María en la obra “El Evangelio según Jesucristo” de José Saramago

Rodrigo Jorge Gárate Chateau

El siguiente ensayo intenta profundizar sobre este episodio contrastándolo al relato tradicional bíblico de “La Anunciación”. Saramago re-utiliza esta narración a base de cita falsa al arquetipo común, superponiendo situaciones y diálogos llenos de duda al texto referencial. Al relato arraigado, cargado de arquetipos, absolutos y certezas, se contraponen incertidumbres, resignaciones e indecisiones como acciones y conversaciones supuestas. Los personajes de la cuaternidad: Dios, Hijo de Dios, Espíritu Santo, Diablo, cambian roles¹, se humanizan, naturalizan y vacilan de sus convicciones. La Anunciación en mayúsculas de “la Buena Nueva” se minusculiza paradójicamente en una farsa, una burla o una comedia.

Episodio de la anunciación en el libro de Saramago

Pues bien, ocurrió que un bello día, pasadas alrededor de cuatro semanas desde aquella inolvidable madrugada en que las nubes del cielo, de modo extraordinario, aparecieron teñidas de violeta, estando José en casa, era esto a la hora del crepúsculo, comiendo su cena, sentado en el suelo y metiendo la mano en el plato, como era entonces general costumbre, y María, de pie, esperando que él acabase para después comer ella, y ambos callados, uno porque no tenía nada que decir, la otra porque no sabía cómo decir lo que llevaba en la mente, ocurrió que vino a llamar a la cancela del patio uno de esos pobres de pedir, cosa que, no siendo rareza absoluta, era allí poco frecuente, vista la humildad del lugar y del común de sus habitantes, sin contar con la argucia y experiencia de la gente pedigüeña siempre que es preciso recurrir al cálculo de probabilidades, mínimas en este caso. Con todo, de las lentejas con cebolla picada y las gachas de garbanzos que guardaba para su cena, sacó María una buena porción en una escudilla y se la llevó al mendigo, que se sentó en el suelo, a comer, fuera de la puerta, de donde no pasó. No había precisado María de licencia del marido en viva voz, fue él quien se lo permitió u ordenó con un movimiento de cabeza, que ya se sabe son superfluas las palabras en estos tiempos en los que basta un simple gesto para matar o dejar vivir, como en los juegos del circo se mueve el pulgar de los cesares apuntando hacia abajo o hacia arriba. Aunque diferente, también este crepúsculo estaba que era una hermosura, con sus mil hebras de nube dispersas por la amplitud, rosa, nácar, salmón, cereza, son maneras de hablar de la tierra para que podamos entendernos, pues estos colores, y todos los otros, no tienen, que se sepa, nombres en el cielo. Sin duda estaría el mendigo hambriento de tres días, que ésa, sí, es hambre auténtica, para, en tan pocos minutos, acabar y lamer el plato, y ya está llamando a la puerta para devolver la escudilla y agradecer la caridad. María acudió a la puerta, el pobre estaba allí, de pie, pero inesperadamente grande, mucho más alto de lo que antes le había parecido, en definitiva es verdad lo que se dice, que hay enormísima diferencia entre comer y no haber comido, porque era como si al hombre, ahora, le resplandeciese la cara y chispeasen los ojos, al

¹ Esta confusión o intercambio de roles lo podemos ver también en Nietzsche: “Cuando yo tenía doce años me imaginaba una maravillosa trinidad, a saber: Dios padre, Dios hijo y Dios diablo. Mi conclusión fue que Dios, pensándose a sí mismo, creó la segunda persona de la divinidad; pero que para poder pensarse a sí mismo, debió pensar en su contrario, y, por consiguiente, crearlo. Así comencé yo a filosofar”. (1999, p.141)

tiempo que las ropas que vestía, viejas y destrozadas, se agitaban sacudidas por un viento que no se sabía de dónde llegaba, y con ese continuo movimiento se confundía la vista hasta el punto de, en un instante, parecer los andrajos finas y suntuosas telas, lo que sólo estando presente se creerá. Tendió María las manos para recibir la escudilla de barro, que, tal vez como consecuencia de una ilusión óptica realmente asombrosa, generada quizá por las cambiantes luces del cielo, era como si la hubieran transformado en un recipiente del oro más puro, y, en el mismo instante en que el cuenco pasaba de unas manos a las otras, dijo el mendigo con poderosísima voz, que hasta en esto el pobre de Cristo había cambiado, Que el Señor te bendiga, mujer, y te dé todos los hijos que a tu marido plazcan, pero no permita el mismo Señor que los veas como a mí me puedes ver ahora, que no tengo, oh vida mil veces dolorosa, donde descansar la cabeza. María sostenía el cuenco en lo cóncavo de las dos manos, cuenco sobre cuenco, como si esperase que el mendigo le depositara algo dentro, y él, sin explicación, así lo hizo, se inclinó hasta el suelo y tomó un puñado de tierra, después, alzando la mano, la dejó escurrir lentamente entre los dedos mientras decía con sorda y resonante voz, El barro al barro, el polvo al polvo, la tierra a la tierra, nada empieza que no tenga fin, todo lo que empieza nace de lo que se acabó. Se turbó María y preguntó, Eso qué quiere decir, y el mendigo respondió, Mujer, tienes un hijo en tu vientre y ése es el único destino de los hombres, empezar y acabar, acabar y empezar, Cómo has sabido que estoy embarazada, Aún no ha crecido el vientre y ya los hijos brillan en los ojos de las madres, Si es así, debería mi marido haber visto en mis ojos el hijo que en mí generó, Quizá él no te mira cuando tú lo miras, Y tú quién eres para no haber necesitado oírlo de mi boca, Soy un ángel, pero no se lo digas a nadie. En aquel mismo instante, las ropas resplandecientes volvieron a ser andrajos, lo que era figura de titánico gigante se encogió y menguó como si lo hubiera lamido una súbita lengua de fuego y la prodigiosa transformación ocurrió al mismo tiempo, gracias a Dios, que la prudente retirada, porque ya se venía acercando José, atraído por el rumor de las voces, más sofocadas de lo que es habitual en una conversación lícita, pero sobre todo por la exagerada tardanza de la mujer, Qué más quería ese mendigo, preguntó, y María, sin saber qué palabras suyas podría decir, sólo supo responder, Del barro al barro, del polvo al polvo, de la tierra a la tierra, y nada empieza que no acabe, nada acaba que no empiece, Fue eso lo que dijo él, Sí, y también dijo que los hijos de los hombres brillan en los ojos de las mujeres, Mírame, Te estoy mirando, Me parece ver un brillo en tus ojos, fueron palabras de José, y María respondió, Será tu hijo. El crepúsculo se había vuelto azulado, iba tomando ya los primeros colores de la noche, veíase ahora que dentro del cuenco irradiaba como una luz negra que dibujaba sobre el rostro de María trazos que nunca fueron suyos, y los ojos parecían pertenecer a alguien mucho más viejo. Estás encinta, dijo José, Sí, lo estoy, respondió María, Por qué no me lo has dicho antes, Iba a decírtelo hoy, estaba esperando a que acabases de comer, Y entonces llegó ese mendigo, Sí, De qué más habló, que el tiempo ha dado para mucho más, Dijo que el Señor me conceda todos los hijos que tú quieras, Qué tienes ahí en ese cuenco para que brille de esa manera, Tierra tengo, El humus es negro, la arcilla verde, la arena blanca, de los tres sólo la arena brilla si le da el sol, y ahora es de noche, Soy mujer, no sé explicarlo, él tomó tierra del suelo y la echó dentro, al tiempo que dijo las palabras, La tierra a la tierra, Sí. José abrió la cancela, miró a un lado y a otro. Ya no lo veo, ha desaparecido, dijo, pero María se adentraba tranquila en la casa, sabía que el mendigo, si era realmente quien había dicho, sólo si quisiese se dejaría

ver. Posó el cuenco en el poyo del horno, sacó del rescoldo una brasa con la que encendió el candil, soplándola hasta levantar una pequeña llama. Entró José, venía con expresión interrogativa, una mirada perpleja y desconfiada que intentaba disimular moviéndose con una lentitud y solemnidad de patriarca que no le caía bien siendo tan joven. Discretamente, procurando que no se viera demasiado, escrutó el cuenco, la tierra luminosa, componiendo en la cara una mueca de escepticismo irónico, pero si era una demostración de virilidad lo que pretendía, no le valió la pena, María tenía los ojos bajos, estaba como ausente. José, con un palito, revolvió la tierra, intrigado al verla oscurecerse cuando la removía y luego recobrar el brillo. Sobre la luz constante, como mortecina, serpenteaban rápidos centelleos, No lo comprendo, seguro que hay misterio en esto, o traía ya la tierra y tú creíste que la cogía del suelo, son trucos de magos, nadie ha visto nunca brillar la tierra de Nazaret. María no respondió, estaba comiendo lo poco que le quedaba de las lentejas con cebolla y de las gachas de garbanzos, acompañadas con un pedazo de pan untado de aceite. Al partir el pan, dijo, como está escrito en la ley, aunque en el tono modesto que conviene a la mujer, Alabado seas tú, Adonai, nuestro Dios, rey del universo, que haces salir el pan de la tierra. Callada seguía comiendo mientras José, dejando discurrir sus pensamientos como si estuviese comentando en la sinagoga un versículo de la Torra o la palabra de los profetas, reconsideraba la frase que acababa de oírle a su mujer, la que él mismo pronunció en el acto de partir el pan, intentaba saber qué cebada sería la que naciese y fructificase de una tierra que brillaba, qué pan daría, qué luz llevaríamos dentro si de él hiciésemos alimento. Estás segura de que el mendigo cogió la tierra del suelo, volvió a preguntar, y María respondió, Sí, estoy segura, Y no brillaba antes, En el suelo no brillaba. Tanta firmeza tenía que quebrantar forzosamente la postura de desconfianza sistemática que debe ser la de cualquier hombre al verse enfrentado a dichos y hechos de las mujeres en general y de la suya en particular, pero, para José, como para cualquier varón de aquellos tiempos y lugares, era una doctrina muy pertinente la que definía al más sabio de los hombres como aquel que mejor sepa ponerse a cubierto de las artes y artimañas femeninas. Hablarles poco y oírlos aún menos, es la divisa de todo hombre prudente que no haya olvidado los avisos del rabino Josephat ben Yo-hanán, palabras sabias entre las que más lo sean, A la hora de la muerte se pedirán cuentas al varón por cada conversación innecesaria que hubiere tenido con su mujer. Se preguntó José si esta conversación con María se contaría en el número de las necesarias y, habiendo concluido que sí, teniendo en cuenta la singularidad del acontecimiento, se juró a sí mismo no olvidar nunca las santas palabras del rabino su homónimo, conviene decir que Josephat es lo mismo que José, para no tener que andar con remordimientos tardíos a la hora de la muerte, quiera Dios que ésta sea descansada. Por fin, habiéndose preguntado si debería poner en conocimiento de los ancianos de la sinagoga el sospechoso caso del mendigo desconocido y de la tierra luminosa, llegó a la conclusión de que debía hacerlo, para sosiego de su conciencia y defensa de la paz del hogar. María acabó de comer. Llevó fuera las escudillas para lavarlas, pero no, ocioso sería decirlo, la que usó el mendigo. En la casa hay ahora dos luces, la del candil, luchando trabajosamente contra la noche que se había impuesto, y aquella aura luminiscente, vibrátil pero constante, como de un sol que no se decidiera a nacer. Sentada en el suelo, María todavía esperaba a que el marido volviera a dirigirla la palabra, pero José ya no tiene nada más que decirle, está ahora ocupado componiendo mentalmente las frases del discurso que mañana tendrá que decir

ante el consejo de ancianos. Le enfurece el pensar que no sabe exactamente lo que pasó entre su mujer y el mendigo, qué otras cosas se habrían dicho el uno al otro, pero no quiere volver a preguntarle, porque, no siendo de esperar que ella añada algo nuevo a lo ya contado, tendría él que aceptar como verdadero el relato dos veces hecho, y si ella estuviera mintiendo, no lo podrá saber él, pero ella sí, sabrá que miente y mintió, y se reirá de él por debajo del manto, como hay buenas razones para creer que se rió Eva de Adán, de modo más oculto, claro está, pues entonces aún no tenía manto que la tapase. Llegado a este punto, el pensamiento de José dio el siguiente e inevitable paso, ahora imagina al mendigo como un emisario del Tentador, el cual, habiendo mudado tanto los tiempos y siendo la gente de hoy más avisada, no cayó en la ingenuidad de repetir el ofrecimiento de un simple fruto natural, antes bien, parece que vino a traer la promesa de una tierra diferente, luminosa, sirviéndose, como de costumbre, de la credulidad y malicia de las mujeres. José siente arder su cabeza, pero está contento consigo mismo y con las conclusiones a que ha llegado. Por su parte, no sabiendo nada de los meandros de análisis demonológico en que está empeñada la mente del marido ni de las responsabilidades que le están siendo atribuidas, María intenta comprender la extraña sensación de carencia que viene experimentando desde que anunció al marido su gravidez. No una ausencia interior, desde luego, porque de sobra sabe ella que se encuentra, a partir de ahora, y en el sentido más exacto del término, ocupada, sino precisamente una ausencia exterior, como si el mundo, de un momento a otro, se hubiese apagado o alejado de ella. Recuerda, pero es como si estuviese recordando otra vida, que después de esta última comida y antes de tender las esteras para dormir, siempre tenía algún trabajo que adelantar, con él pasaba el tiempo, sin embargo, lo que ahora piensa es que no debería moverse del lugar en que se encuentra, sentada en el suelo, mirando la luz que la mira desde el reborde del cuenco y esperando a que el hijo nazca. Digamos, por respeto a la verdad, que su pensamiento no fue tan claro, el pensamiento, a fin de cuentas, ya por otros o por el mismo ha sido dicho, es como un grueso ovillo de hilo enrollado sobre sí mismo, flojo en unos puntos, en otros apretado hasta la sofocación y el estrangulamiento, está aquí, dentro de la cabeza, pero es imposible conocer su extensión toda, pues habría que desenrollarlo, extenderlo, y al fin medirlo, pero esto, por más que se intente o se finja intentar, parece que no lo puede hacer uno mismo sin ayudas, alguien tiene que venir un día a decir por dónde se debe cortar el cordón que liga al hombre a su ombligo, atar el pensamiento a su causa. A la mañana siguiente, después de una noche mal dormida, despertando siempre por obra de una pesadilla donde se veía a sí mismo cayendo y volviendo a caer dentro de un inmenso cuenco invertido que era como el cielo estrellado, José fue a la sinagoga, a pedir consejo y remedio a los ancianos. Su insólito caso era tan extraordinario, aunque no pudiese imaginar hasta qué punto, faltándole, como sabemos, lo mejor de la historia, es decir, el conocimiento de lo esencial, que, si no fuese por la excelente opinión que de él tienen los ancianos de Nazaret, quizá tuviera que volverse por el mismo camino, corrido, con las orejas gachas, oyendo, como un resonante son de bronce, la sentencia del Eclesiastés con que lo habrían fulminado, Quien cree livianamente, tiene un corazón liviano, y él, pobre de él, sin presencia de espíritu para replicar, armado con el mismo Eclesiastés, a propósito del sueño que lo persiguió durante la noche entera, El espejo y los sueños son cosas semejantes, es como la imagen del hombre ante sí mismo. Terminado, pues, el relato, se miraron los ancianos entre sí y luego todos juntos a José, y el

más viejo de ellos, traduciendo en una pregunta directa la discreta suspicacia del consejo, dijo, Es verdad, entera verdad y sólo verdad lo que acabas de contarnos, y el carpintero respondió, Verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, sea el Señor mi testigo. Debatieron los ancianos largamente entre ellos, mientras José esperaba aparte, y al fin lo llamaron para anunciarle que, dadas las diferencias que persistían acerca de los procedimientos más convenientes, adoptaron la decisión de enviar tres emisarios a interrogar a María, directamente, sobre los extraños acontecimientos, averiguar quién era en definitiva aquel mendigo que nadie más había visto, qué figura tenía, qué exactas palabras pronunció, si aparecía regularmente por Nazaret pidiendo limosna, buscando de paso qué otras noticias podría dar la vecindad acerca del misterioso personaje. Se alegró José en su corazón porque, sin confesarlo, le intimidaba la idea de tener que enfrentarse a solas con su mujer, por aquel su modo particular de estar ahora, con los ojos bajos, es cierto, según manda la discreción, pero también con una evidente expresión provocativa, la expresión de quien sabe más de lo que tiene intención de decir, pero quiere que se le note. En verdad, en verdad os digo, no hay límites para la maldad de las mujeres, sobre todo de las más inocentes. Salieron pues los emisarios, con José al frente indicando el camino, y eran ellos Abiatar, Dotaín y Zaquíás, nombres que aquí se dejan registrados para eliminar cualquier sospecha de fraude histórico que pueda, tal vez, perdurar en el espíritu de aquellas gentes que de estos hechos y de sus versiones hayan tenido conocimiento a través de otras fuentes, quizá más acreditadas por la tradición, pero no por eso más auténticas. Enunciados los nombres, probada la existencia efectiva de personajes que los usaron, las dudas que aún queden pierden mucho de su fuerza, aunque no su legitimidad. No siendo cosa de todos los días, esto de salir a la calle tres emisarios ancianos, como se ponía en evidencia por la particular dignidad de su marcha, con las túnicas y las barbas al viento, pronto se juntaron alrededor algunos chiquillos que, cometiendo los excesos propios de la edad, unas risas, unos gritos, unas carreras, acompañaron a los delegados de la sinagoga hasta la casa de José, a quien el ruidoso y anunciador cortejo mucho venía molestando. Atraídas por el ruido, las mujeres de las casas próximas aparecieron en las puertas y, presintiendo novedad, dijeron a los hijos que fuesen a ver qué ajuntamiento era aquél a la puerta de la vecina María. Penas perdidas fueron, que entraron sólo los hombres. La puerta se cerró con autoridad, ninguna curiosa mujer de Nazaret llegó a saber hasta el día de hoy lo que pasó en casa del carpintero José. Y, teniendo que imaginar algo para alimento de la curiosidad insatisfecha, acabaron haciendo del mendigo, que nunca llegaron a ver, un ladrón de casas, gran injusticia fue, que el ángel, pero no le digáis a nadie que lo era, aquello que comió no lo robó, y además dejó regalo sobrenatural. Ocurrió que, mientras los dos ancianos de más edad continuaban interrogando a María, fue el menos viejo de los tres, Zaquíás, a recoger por las inmediaciones recuerdos de un mendigo así y así, conforme a las señales dadas por la mujer del carpintero, mas ninguna vecina supo darle noticias, que no señor, ayer no pasó por aquí ningún mendigo, y si pasó no llamó a mi puerta, seguro que fue un ladrón de paso, que, encontrando la casa con gente, fingió ser pobre de pedir y se fue a otra parte, es un truco conocido desde que el mundo es mundo. Volvió Zaquíás sin noticias del mendigo a casa de José cuando María repetía por tercera o cuarta vez lo que ya sabemos. Estaban todos en el interior de la casa, ella de pie, como reo de un crimen, la escudilla en el suelo y dentro, insistente, como un corazón palpitante, la tierra enigmática, a un lado José, los

ancianos sentados enfrente, como jueces, y decía Dotaín, el del medio en edad, No es que no creamos lo que nos cuentas, pero repara que eres la única persona que vio a ese hombre, si hombre era, tu marido nada más sabe de él que el haberle oído la voz, y ahora aquí viene Zaquíás diciéndonos que ninguna de tus vecinas lo vio, Seré testigo ante el Señor, él sabe que la verdad habla por mi boca, La verdad, sí, pero quién sabe si toda la verdad, Beberé el agua de la prueba del Señor y él manifestará si tengo culpa, La prueba de las aguas amargas es para las mujeres sospechosas de infidelidad, no pudiste ser infiel a tu marido, no te daba tiempo, La mentira, se dice, es lo mismo que la infidelidad, Otra, no ésa, Mi boca es tan fiel como lo soy yo. Tomó entonces la palabra Abiatar, el más viejo de los tres ancianos, y dijo, No te preguntamos más, el Señor te pagará siete veces por la verdad que hayas dicho o siete veces te cobrará la mentira con que nos hayas engañado. Se calló y siguió callado, luego dijo, dirigiéndose a Zaquíás y a Dotaín, Qué haremos de esta tierra que brilla, si aquí no debe quedar como la prudencia aconseja, pues bien puede ser que estas artes sean del demonio. Dijo Dotaín, Que vuelva a la tierra de donde vino, que vuelva a ser oscura como fue antes. Dijo Zaquíás, No sabemos quién fue el mendigo, ni por qué quiso ser visto sólo por María, ni lo que significa que brille un puñado de tierra en el fondo de una escudilla. Dijo Dotaín, Llévemosla al desierto y dejémosla allí, lejos de la vista de los hombres, para que el viento la disperse en la inmensidad y sea apagada por la lluvia. Dijo Zaquíás, Si esta tierra es un bien, no debe ser retirada de donde está, y si es un mal, que queden sujetos a él sólo aquellos que fueron elegidos para recibirla. Preguntó Abiatar, Qué propones entonces, y Zaquíás respondió, Que se excave aquí un agujero y se deposite el cuenco en el fondo, tapado para que no se mezcle con la tierra natural, un bien, aunque esté enterrado, no se pierde, y un mal tendrá menos poder lejos de la vista. Dijo Abiatar, Qué piensas tú, Dotaín, y éste respondió, Es justo lo que propone Zaquíás, hagamos lo que él dice. Entonces Abiatar dijo a María, Retírate y déjanos proceder, Y adonde iré yo, preguntó ella, y José, inquieto de pronto, Si vamos a enterrar el cuenco, que sea fuera de la casa, no quiero dormir con una luz sepultada debajo. Dijo Abiatar, Hágase como dices, y a María, Te quedarás aquí. Salieron los hombres al patio, llevando Zaquíás la escudilla. Poco después se oyeron golpes de azadón, repetidos y duros, era José que estaba cavando, y pasados unos minutos la voz de Abiatar que decía, Basta, ya tiene profundidad suficiente. María miró por la rendija de la puerta, vio al marido que tapaba la escudilla con un trozo curvo de una cántara rota y luego la bajaba, hasta donde le alcanzaba el brazo, al interior de la oquedad, después se levantó y tomando otra vez el azadón, echó dentro la tierra, alisándola, por último, con los pies. Los hombres todavía permanecieron algún tiempo en el patio, hablando unos con otros y mirando la mancha de tierra fresca, como si acabasen de esconder un tesoro y quisieran clavar en su memoria el lugar donde lo habían ocultado. Pero no era de esto de lo que hablaban, porque de pronto se oyó más fuerte la voz de Zaquíás, en tono que parecía de reprensión sonriente, Vaya carpintero que me has salido, José, que ni eres capaz de hacer una cama, ahora que tienes a la mujer grávida. Se rieron los otros, y José con ellos, un tanto por complacerlos, como alguien cogido en falta y que quiere hacer como si no. María los vio encaminándose hacia la cancela y salir, y ahora, sentada en el poyete del horno, paseaba los ojos por la casa buscando un sitio donde poner la cama, si el marido se decidía a hacerla. No quería pensar en la escudilla de barro ni en la tierra luminosa, tampoco quería pensar si el mendigo sería realmente un ángel o un farsante que pretendió divertirse a costa suya. Una

mujer, si le prometen una cama para su casa, lo que debe hacer es pensar dónde quedará mejor. (Saramago, 1998, p. 11-16)

La obra general de Saramago, el Evangelio y este episodio en particular, se convierten en una mirada desafiante a la figura de Dios. “Dios no es de fiar” (*Saramago carga contra Dios y salva a Caín*, 27 agosto, 2009) diría Saramago en algún momento. El mismo autor definirá a la biblia como un manual de malas costumbres, evidenciando su ateísmo y su enfurecimiento con el sinsentido de la ‘salvación’ que se ofrece al ser humano. “Dios, el demonio, el bien, el mal, todo eso está en nuestra cabeza, no en el cielo o en el infierno, que también inventamos. No nos damos cuenta de que, habiendo inventado a Dios, inmediatamente nos esclavizamos a él”. (*Saramago carga contra Dios y salva a Caín*. 27 agosto, 2009).

El problema de Dios y el asunto religioso es un hilo conductor que atraviesa toda la obra saramaguiana, implícita o explícitamente, en resonancias como citas o alusiones cargadas de sarcasmos. Ideológicamente intenta mostrar la inexistencia² de Dios y el absurdo de toda religión mediante sutilezas retóricas y fuertes ironías. Manipula las convicciones y códigos religiosos de creyentes y no creyentes para ampliar las posibilidades comunicativas del relato. El mismo autor nos explica esta fijación temática.

No soy un escritor de temas religiosos, pero eso no significa que la religión no me interese, porque no podemos entender al ser humano sin ella. Aunque no seamos creyentes, la religión está en el aire. (*Saramago: "Seríamos mejores sin la Biblia"*. 22 octubre, 2009).

Tengo que hablar de Dios en cuya existencia no creo [...]. No creo en Dios, ni en la vida futura, ni en el infierno, ni en el cielo, ni en nada”. Pero añade: “yo no puedo decir en conciencia que soy ateo, nadie puede decirlo, porque el ateo auténtico sería alguien que viviera en una sociedad donde nunca hubiera existido una idea de Dios, una idea de trascendencia”. (Arias, 1998, p.125, citado en Alonso, 1999).

En estas citas se evidencia la complejidad de la apuesta de este autor que niega la existencia de Dios pero no puede negar la presencia de la “idea” de Dios, esta contradicción se convierte en el centro de la obra que constantemente se cuestiona y retoma.

Podemos generar un paralelo en las concepciones religiosas de Saramago y Nietzsche, mientras el primero proclama al cristianismo como una invención que condena al ser humano, el segundo lo interpreta como una necesidad de consuelo³ por la debilidad

² La inexistencia de Dios y esta necesidad de encarnar el poder y el castigo, también la podemos ver en Nietzsche: “Los dioses han sido inventados no sólo por temor, sino para personificar el deseo fantástico de la fuerza”. (1999, p.97).

³ “El cristianismo es un gran tesoro de recursos consoladores de los más ingeniosos: ¡tantos elementos de consuelo contiene, tanto atempera y narcotiza, tantos remedios peligrosos y temerarios arriesga para consolar!

humana. En ambos casos esta idea de Dios es esclavizante, estúpida⁴ catastrófica⁵ y decadente.

El Evangelio según Jesucristo se constituye en un cuestionamiento a la fe cristiana como relectura de la Biblia, donde los valores de lo divino aparecen desacralizados en función de los valores de lo humano, vistos ambos en inevitable contradicción. Según el autor, esta apropiación del Evangelio “es una meditación sobre una falsedad, sobre el vacío. Si Dios no existe, Jesús no puede ser su hijo, y toda nuestra civilización, llamada judeo-cristiana, está asentada sobre la nada”. (*Jornal das Letras*, 5 noviembre 1991, citado en Alonso, 1999).

Mientras no conocemos el otro lado de las cosas, no las conocemos de verdad. Sucede si miramos de frente una moneda, vemos un rostro pero existe otra realidad en el envés. Incluso un libro como la Biblia, permite - y exige-que intentemos leerlo por el otro lado. (*Saramago: "Seríamos mejores sin la Biblia"*. 22 octubre, 2009).

Con frecuencia las frases evangélicas aparecen en otros contextos diferentes, en una total distorsión que deforma los textos originales hasta hacerlos irreconocibles. Los personajes se confunden y contrastan con el recuerdo del original bíblico, convirtiéndose en protagonistas con pseudónimos sagrados que construyen una nueva historia que enfatiza la narración de las vidas ocultas y los detalles cotidianos. Los personajes humanizados se presentan como víctimas de una voluntad divina fría y calculadora⁶, que saben que el martirio “es lo mejor que hay para difundir una creencia y enfervorizar la fe” (Saramago, 1998, p. 155).

En esta confusión de roles y voluntades perversas, Saramago llega a afirmar, por boca del Diablo: “Es necesario ser Dios para que le guste tanto la sangre” (1998, p. 164).

Adivina, con sutil olfato, con olfato refinado de un refinamiento oriental, los estimulantes con los cuales se puede vencer, aunque no sea más que por momentos, la profunda depresión, la pesada laxitud, la negra tristeza del hombre fisiológicamente enfermo. Pues se puede decir que, en general, todas las grandes religiones tuvieron por objeto principal combatir una pesada laxitud constituida en epidemia”. (Nietzsche, 1999, p.66).

⁴ "La fe nos hace felices. Todo lo más, a veces, pero la fe hace siempre estúpidos, aun en el raro caso de no serlo, aun en el caso de ser una fe ladina. Toda fe sostenida mucho tiempo se hace al fin estúpida: esto quiere decir, expresado con la precisión de nuestros psicólogos modernos, que sus raíces se hunden en lo inconsciente, que desaparecen allí; desde entonces el individuo ya no se funda en razones, sino en afectos". (Nietzsche, 1999, p.134). “Cuanto menos se sabe, tanto más fácilmente se conserva la fe”. (1999, p.134).

⁵ “La invención de la moral cristiana fue un acontecimiento sin precedente, una verdadera catástrofe”. (Nietzsche, 1999, p.255).

⁶ Esta condición fría y calculadora de Dios la podemos homologar al castigo como autoconciencia de fuerza, en palabras de Nietzsche: “No sólo se ataca por hacer daño a alguno, por vencerle, sino a veces por el mero deseo de adquirir conciencia de la propia fuerza”. (Nietzsche, 1999, p.360).

Este Diablo es uno de los protagonistas del Evangelio de Saramago, donde aparece bajo las figuras de ángel, pastor y vasija negra, antítesis respectivamente del ángel de Dios, del Buen Pastor y del cáliz pascual. En la obra hay incluso cierta equivalencia entre Dios y el Diablo, como las dos caras de una misma moneda, con un mismo proyecto para el mundo.

Pese a todo su rechazo a Dios, Saramago nos sorprende declamando su inocencia:

Y, con todo, Dios es inocente. Inocente como algo que no existe, que no ha existido ni existirá nunca, inocente de haber creado un universo entero para colocar en él seres capaces de cometer los mayores crímenes para luego justificarlos diciendo que son celebraciones de su poder y de su gloria, mientras los muertos se van acumulando, estos de las torres gemelas de Nueva York, y todos los demás que, en nombre de un Dios convertido en asesino por la voluntad y por la acción de los hombres, han cubierto e insisten en cubrir de terror y sangre las páginas de la Historia. (*El 'factor Dios'*. 18 septiembre, 2001).

E insiste atribuyendo los peores males de la humanidad, no a Dios inocente, sino al “factor Dios” como consecuencia de su invención:

Los dioses, pienso yo, sólo existen en el cerebro humano, prosperan o se deterioran dentro del mismo universo que los ha inventado, pero el ‘factor Dios’, ese, está presente en la vida como si efectivamente fuese dueño y señor de ella. No es un dios, sino el ‘factor Dios’ el que se exhibe en los billetes de dólar y se muestra en los carteles que piden para América (la de Estados Unidos, no la otra...) la bendición divina. Y fue en el ‘factor Dios’ en lo que se transformó el dios islámico que lanzó contra las torres del World Trade Center los aviones de la revuelta contra los desprecios y de la venganza contra las humillaciones. Se dirá que un dios se dedicó a sembrar vientos y que otro dios responde ahora con tempestades. Es posible, y quizá sea cierto. Pero no han sido ellos, pobres dioses sin culpa, ha sido el ‘factor Dios’, ese que es terriblemente igual en todos los seres humanos donde quiera que estén y sea cual sea la religión que profesen, ese que ha intoxicado el pensamiento y abierto las puertas a las intolerancias más sórdidas, ese que no respeta sino aquello en lo que manda creer, el que después de presumir de haber hecho de la bestia un hombre acabó por hacer del hombre una bestia. (*El 'factor Dios'*. 18 septiembre, 2001).

Este factor Dios a consecuencia de la invención de Dios, se materializa en la obra de Saramago como creación de un Dios a imagen y semejanza del hombre, injusto⁷ y vulnerable, invirtiendo y subvirtiendo la fe natural. Sobre este punto Saramago afirmará:

⁷ La injusticia de Dios es un tema que Nietzsche también cuestiona: “Si Dios hubiese querido llegar a ser un objeto de amor, hubiera comenzado por renunciar a hacer justicia; un juez, y aun un juez clemente, no es un objeto de amor” (1999, p.96). E insiste: “Un dios que bajara a la tierra no haría otra cosa que injusticias”. (1999, p.97).

Si nosotros fuéramos infalibles e inmaculados, habríamos creado un Dios así. Pero los hombres hemos creado a Dios a nuestra imagen y semejanza. Por eso es tan cruel, malo y vengativo. (Saramago: *"Seríamos mejores sin la Biblia"*. 22 octubre, 2009).

Si todo, Dios, Diablo, etc. está en nuestra mente y es la misma cosa, la noción de sujeto en busca de su objeto de deseo se complica. ¿Cuál es el objeto de deseo disyunto de Dios? ¿Cuáles son los obstáculos que se le presentan para obtener este objeto? ¿Quiénes serían el coadyuvante, el oponente, el destinador y el destinatario?

Dios omnipotente, no necesitaría de ningún coadyuvante para obtener lo que quiere, pero regularmente, no sólo en el "Evangelio de Jesucristo", también en el relato tradicional, requiere de intermediarios para sus deseos de acción en el ser humano. ¿Los necesita o los utiliza? Si los necesita, no sería un Dios completo, algo le faltaría. Por tanto, los utiliza, pero si los utiliza es que quiere demostrar algo. Un poder absoluto no puede necesitar más poder. ¿Para qué Dios querría utilizar un intermediario inferior para modificar acciones en el hombre, aún más inferior? Todo lo podría modificar sin necesidad del hombre ni de intermediarios. Simplemente los utiliza como medida de su propia fuerza en una competición sobre sí mismo. Dios por ende se convierte en un ser mezquino, caprichoso y arrogante o en invento del hombre que no puede superar lo que el mismo hombre es.

Si Dios es el sujeto, su objeto de deseo se ve reflejado en la voluntad de poder sobre el hombre como destinatario. Dios coadyuvado por los seres divinos, en su intento de control y dominación, mide su propia fuerza sobre el ser humano. Por su parte, el hombre en Saramago, se opone e intenta resistir, pero a su vez es el destinador de toda la situación al ser Dios un invento de este mismo hombre. Si reemplazamos al sujeto Dios por el sujeto Diablo conseguimos el mismo esquema, incluso al cambiar a Dios por hombre u hombre por Diablo, las relaciones paradójales serían similares.

El misterio de un Dios que NO parece Dios por su comportamiento, se entremezcla con la mentira de un NO Dios que parece Dios. En el primer caso es un Dios de comportamiento humanizado, en el segundo es un invento del hombre que se hace trascendental. Ambas situaciones transitan y acentúan las confusiones del texto bíblico citado, generando tramas y diálogos inesperados en los personajes.

El contraste entre los arquetipos naturales del relato tradicional y la narración del texto de Saramago, progresivamente banaliza o anula los elementos trascendentales, dejando a la historia sin fondo teológico, sólo en forma de pseudoescritura sagrada.

La anunciación se convierte en el inicio del tema central de fe; la Encarnación de Cristo, que refleja el primer acto o prelude de la obra de redención como pacto que inaugura cronológicamente el Nuevo Testamento. La Encarnación define la utopía del cambio de

destino para la humanidad al instaurar una nueva era de gracia. Esta promesa se rompe en la obra de Saramago llenando de duda la nueva era y el destino ofrecido.

La Anunciación representa el encuentro del hombre con lo sagrado, enmarcándose por tanto, dentro del extenso grupo de mitos y símbolos relacionados con el arquetipo de la unión de los contrarios que simboliza el modelo del matrimonio sagrado. María representa una cuerda entre Dios y el hombre común, es el puente que permite acceder a lo sagrado. Pero este puente, en esta anunciación, queda en tela de juicio porque Dios y hombre serían parte del mismo “hombre común”. Un hombre y un Dios débil, de similar naturaleza ética imperfecta.

Los mitos cosmogónicos, al igual que los símbolos y teorías que implican la unión de los contrarios tienen como finalidad exponer el restablecimiento de la plenitud integral, la unidad del principio, en la que se supone que todo estaba unido y no había contrarios, reconciliando lo que está separado, Dios y Hombre. A través de María se manifiesta la participación de toda la humanidad en esta comunicación con Dios, en su vientre parte el vínculo entre los contrarios que se fusionan en la figura del Dios-hombre. Cristo personifica la unión de las naturalezas divina y humana como mediación del espíritu y la carne, recuperando así la plenitud de un estado no dual anterior a la Caída, precisamente a través de la Encarnación. En Saramago la caída ya está cuestionada⁸, por tanto esta recuperación de la plenitud queda también en entre dicho abriendo dos posibilidades, no habría re-unión de lo que no estuvo unido o simplemente no hay re-unión de lo que nunca se ha separado. En el primer caso asumiendo la no existencia de Dios, y en el segundo como Dios inventado. En ambos casos se produciría la no dualidad y por tanto el arquetipo quedaría anulado.

El proceso de mediación de los contrarios tiene dos vías de interpretación teológica; ascendente o descendente. La primera, ascendente, intenta explicar como el hombre es capaz de superar lo terrenal. La segunda, descendente, trata de revelar el por qué un Dios tendría o querría bajar a encontrarse con la humanidad. Un camino de mediación ascendente se dirige a Dios a través de la gracia de María, quien en su papel de intercesora por el género humano provoca una aproximación del hombre común a Dios y, de modo inverso, en la mediación descendente Dios emprende un nuevo pacto con la humanidad a través de la elección de su hija predilecta, quien por su pureza y virtud es la criatura ideal para ser el vínculo humano en esta acción reconciliadora de origen divino. En el primer caso el hombre tiende a divinizarse, en el segundo Dios tiende a humanizarse. En el texto de Saramago, a primera vista, la acción de Dios sería descendente, se humaniza, pero en el mismo texto o en otros como Caín, vemos claramente como el hombre se enfrenta ascendentemente a Dios. Tanto hombre como Dios suben o bajan respectivamente,

⁸ El cuestionamiento y absurdo de la supuesta “Caída” se evidencia claramente en la precuela posterior a este evangelio, en su libro “Caín”.

encontrándose y angostando las distancias entre ambos. El hombre es más de lo que cree Dios y Dios es menos de lo que cree el hombre.

El primer peldaño de la escala en el camino de mediación descendente entre los opuestos, o bien el último si nos refiriésemos a la mediación ascendente, se encuentra representado por Dios Padre, el paradigma del ser omnipotente y creador de todas las cosas, que refleja la libertad infinita y la misericordia máxima. Dios Padre se nos presenta como la antítesis absoluta del hombre: Él es espíritu, inmortal, todopoderoso, trascendente, infinito, indefinible, inaprensible, invisible, perfecto, mientras que el hombre es carnal, pecador, frágil, perecedero, immanente, es decir, la precariedad y el carácter efímero de la existencia humana contrasta totalmente con la omnipotencia y la eternidad de Dios. Este primer peldaño queda absolutamente cuestionado en el texto de Saramago, Dios adopta todas y cada una de las condiciones humanas como parte importante de su toma de acciones y decisiones éticas.

En la fe cristiana, el Padre no puede ser percibido debido a su magnificencia, solo con la encarnación existiría la posibilidad de ser conocido. En Saramago, Dios sigue siendo invisible, pero del mismo modo que un sueño, un pensamiento, o el invento de una razón podrían serlo.

El Dios de Israel nunca se apareció a los hombres en figura, porque pretende que se le rinda culto sólo en espíritu. En los primeros tiempos existía prohibición de la creación de imágenes de Dios Padre, pues ningún mortal podía jactarse de haberle visto. Posteriormente ya sería lícito representar a Dios Hijo con la cruz, porque se encarnó entre los hombres. Incluso la prohibición quedaría en desuso en el arte cristiano primitivo que sugiere la presencia o intervención de Dios por la aparición de una o las dos manos que salen de una nube. Estas representaciones las utiliza Saramago en sus obras como cita iconográfica, reutilizándolas descontextualizadas del original, provocando anomalías connotativas en el texto.

El judeocristianismo es una expresión religiosa predominantemente masculinizante, donde encontramos; un Dios Padre todopoderoso, su Hijo primogénito hombre que vino al mundo para salvarnos, encarnándose en una mujer, pero, por obra del Espíritu Santo. La mujer, además de adoptar un papel evidentemente secundario, resalta por la cualidad de ser virgen, casta y predestinada desde su nacimiento para convertirse en el recipiente puro donde Dios tomará forma humana. Pero incluso este elemento femenino participa imperfectamente, aunque María sea una mujer, al substraerla del elemento sexual-material se ve desligada de un importante aspecto de su sexo. En el caso de Saramago este elemento sexual si está presente, invalidando este aspecto virginal del relato ideologizado de nuestras sociedades patriarcales, donde el Dios único masculino es visto no sólo como el creador y legislador que impone esta subordinación a las mujeres, sino que esta misma estructura teológica refuerza aquella subordinación. Saramago manipula esta relación de subordinación y

predestinación de María, ridiculizando aspectos de esta obediencia ciega y destino desgraciado.

En el siguiente peldaño de mediación se encuentra el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, el eslabón que sella la unión entre el Padre y el Hijo. La figura del Espíritu Santo se ve frecuentemente asociada al misterio de la vida, de la gracia, de la generación y por ello ha sido la persona divina que ha estado más ligada al elemento femenino y a la maternidad trascendental. No actúa por sí mismo, sino tomando posesión de alguna persona y transformándola. En esta anunciación, el Espíritu Santo se pasea misteriosamente en el relato, generando anomalías de la “gracia” del Señor, como soplos, rumores, respiraciones y extrañas sensaciones. Su presencia imperceptible aparece después del acto carnal de María y José, continuando sus intervenciones “milagrosas” en diferentes pasajes. Este Espíritu Santo más que convertirse en garantía y testimonio de la intervención divina, provoca mayores confusiones en las dudas de los personajes, endiablando las situaciones con respiros poco virtuosos.

Alabado seas tú, Señor, por esto, por aquello y por lo de más allá.

Lo dijo él, y en ese instante el rumor de la vida, como si lo hubiera convocado con su voz, o como si entrase de repente por una puerta que alguien abriera de par en par sin pensar mucho en las consecuencias, ocupó el espacio que antes había pertenecido al silencio. (Saramago, 1998, p. 9).

Un soplo de viento allí mismo nacido golpeó la cara de José, le agitó la barba, sacudió su túnica, y luego dio la vuelta a su alrededor como un remolino que atravesara el desierto, o quizá lo que así le parecía no era más que el aturdimiento causado por una súbita turbulencia de la sangre. (1998, p. 9).

Dios, que está en todas partes, estaba allí, pero, siendo lo que es, un puro espíritu, no podía ver cómo la piel de uno tocaba la piel del otro, cómo la carne de él penetró en la carne de ella, creadas una y otra para eso mismo y, probablemente, no se encontraría allí cuando la simiente sagrada de José se derramó en el sagrado interior de María, sagrados ambos por ser la fuente y la copa de la vida, en verdad hay cosas que el mismo Dios no entiende, aunque las haya creado. Habiendo pues salido al patio, Dios no pudo oír el sonido agónico, como un estertor, que salió de la boca del varón en el instante de la crisis, y menos aún el levísimo gemido que la mujer no fue capaz de reprimir. Sólo un minuto, o quizá no tanto, reposó José sobre el cuerpo de María. Mientras ella se bajaba la túnica y se cubría con la sábana, tapándose después la cara con el antebrazo, él, de pie en medio de la casa, con las manos levantadas, mirando al techo, pronunció aquella oración, terrible sobre todas, a los hombres reservada, Alabado seas tú, Señor, nuestro Dios, rey del universo, por no haberme hecho mujer. (1998, p. 9).

El siguiente escalón en el proceso de mediación lo representa el Arcángel Gabriel, mensajero o enviado. La designación de ángel corresponde a los espíritus supraterranos que sirven a Dios como sus mensajeros, guardianes, ministros, ejecutores de las leyes, protectores de los elegidos, etc. Estos seres espirituales pertenecen a un mundo sobrehumano, pero frecuentemente se ponen en contacto con los hombres. Los ángeles pertenecen al ámbito divino, situado por encima del mundo terreno. Son seres intermedios entre el hombre y la divinidad y forman una corte celestial que transmite sus órdenes y vela sobre el mundo. Gabriel es el portador de la Buena Nueva, es quien transmite el mensaje a María y por lo tanto, el intérprete de lo divino para el ser humano. Es fundamental el papel del mensajero del cielo, como traductor de los deseos divinos e intercesor entre el cielo y la tierra. En esta anunciación, este ángel parece un enviado de Dios pero en ocasiones se confunde con el propio Diablo⁹, cuesta por tanto identificar el origen del mensaje que porta o traduce. No queda claro de dónde viene el mensaje, quién lo transporta y si efectivamente es de Buena Nueva. Esta ambivalencia la trabaja Saramago en las relaciones, dudas y confusiones de los personajes.

La representación iconográfica alada se subvierte en las descripciones que hace el autor de su propio Gabriel, adoptando curiosas facetas entre mendigo y ángel. La multiplicación de roles como caretas de un mismo personaje impostor¹⁰ Dios-Diablo se traspasan al resto de los personajes entremezclando sus papeles.

La historia de la Salvación donde Dios se encarna en un mortal para, desde esa condición, redimir a la raza humana, es la concepción cristiana arquetípica del misterio Dios-hombre. Esta unión de los contrarios se materializa en Jesús, hijo de un Dios y de una madre humana, como lo divino en lo humano. Saramago desarma esta concepción al poner en duda o complicar esta paternidad. La escena carnal de José y María, que describe la supuesta procreación natural de Jesús, asume la condición de padre en José, pero al llenar la secuencia de elementos sobrenaturales deja en ambigüedad esta aparente paternidad. No nos queda claro quién es el padre, la pareja mantiene constantemente esta incógnita.

Es posible que el silencio de María tuviese otra y más secreta razón, la de que nunca pudiera establecerse una relación entre su estado y el paso del mendigo misterioso, precaución esta que sólo nos parecerá absurda sabiendo cómo ocurrieron las cosas, si no se diera el caso de que, en horas de relajamiento de cuerpo y espíritu, María llegara a preguntarse, pero por qué, Dios santo, al mismo tiempo aterrada por la insensatez de la duda y alterada por un estremecimiento íntimo, sobre quién sería,

⁹ ¿Quién hace falta, Dios o el Diablo? para Saramago y Nietzsche daría lo mismo: “Pero el diablo no aparece nunca cuando hace falta: ¡siempre llega tarde ese maldito!”. (Nietzsche, 1999, p.94).

¹⁰ “El impostor termina, al fin, por creer de buena fe en su veracidad”. (Nietzsche, 1999, p.133).

real y verdadero, el padre de la criatura que dentro de sí se iba formando.
(Saramago, 1998, p. 17).

La Anunciación a María apoya sus cimientos en cuatro pilares fundamentales, los dogmas marianos que la Iglesia ha ido construyendo en su historia: la Inmaculada Concepción, la Virginitad permanente, la Maternidad Divina y la Asunción.

La Inmaculada Concepción promulga que María nació libre del pecado original y sus consecuencias. Según esta doctrina, se anuncia que la Virgen María fue constituida en estado de gracia y en virtud de esta condición tan especial, era inmune a la concupiscencia y podía disfrutar de todos los dones característicos del estado de inocencia frente al pecado original.

En María la mayor virtud que se resalta por sobre las demás es la virginitad, pues ella es a la vez una mujer originaria de un nacimiento milagroso desprendido de la necesidad de aparearse con lujuria para tener descendencia, y al mismo tiempo se convierte en madre e inicio de la salvación de los hombres de un modo virginal, prescindiendo de los ardores de la concupiscencia. La castidad de María fue un asunto fundamental para la Iglesia porque la sexualidad representa el peligro más grave: la conducción del hombre al mundo de los pecados. La virginitad resulta entonces su verdadero oponente y vencedor y redime así la imagen de la mujer como un ser inferior, causante de la Caída en complicidad con Satán, una malvada tentadora y destructora de la humanidad, relacionada con lo carnal, la putrefacción de la carne y el pecado, maldita por Dios con los dolores del parto y la menstruación, atada y sometida a los hombres.

La religión cristiana amplía este concepto de maternidad virginal al desarrollar una moral donde la represión de las bajas pasiones animales era fundamental para demostrar la superioridad del hombre sobre las bestias. María se convierte en prototipo de una virgen ascética, que rechaza su sexualidad por considerarla sucia y pecaminosa. Se produce el misterio paradójico: la unión de dos condiciones contradictorias, la virginitad y la maternidad. Este misterio se pierde en esta María maculada, borrando el símbolo del milagro divino y naturalizando el acto sexual sin culpa.

El paralelismo entre Eva y María revela una serie de analogías entre la tentación y la Anunciación, por un lado, Eva la pecadora y seductora representa lo terreno, la carne, la concupiscencia y la desobediencia que condujo a toda la humanidad a un camino de dolor y muerte. María en cambio, representa la tierra espiritualizada, transfigurada en una tierra de luz, de cara al cielo, y un modelo de obediencia que irrumpe como la emancipadora del sufrimiento y del pecado a través de su humildad y sacrificio, que trae al mundo de nuevo la dicha de la salvación.

El relato de la Caída promulgó la idea de que fue Eva la primera en cometer el pecado original, la mediadora entre el hombre y la serpiente para incitarle a desobedecer a Dios.

Esta referencia hizo que la mujer fuese considerada como la seductora de la que siempre el hombre debe desconfiar y también como un ser débil incapaz de resistir la tentación, de ahí la necesidad de limitar su libertad y de colocarla bajo la tutela de un hombre, como una eterna menor de edad. Saramago adopta esta impostura, María es relegada a un José desconfiado de esta mujer que a veces desconoce, María, por su parte, adopta ciertos rasgos de rebelión a esa sumisión, pierde el instinto de obediencia¹¹, ya no es pura, tampoco justa ni humilde. Estas condiciones tan humanas, que se superponen al gran relato de salvación, cargan esta relación marital de desconfianzas y debilidades.

Al contrario de José, su marido, María no es piadosa ni justa, pero no tiene ella la culpa de estas quiebras morales, la culpa es de la lengua que habla, si no de los hombres que la inventaron, pues en ella las palabras justo y piadoso, simplemente, no tienen femenino. (Saramago, 1998, p. 11).

En esta nueva anunciación, María pierde su virginidad de forma natural, anulando su condición pura e impune, es engañada, engaña y se autoengaña o deja engañar¹². Es una segunda Eva que no resiste las tentaciones, que duda confundida por su destino. José sigue desconfiando de la mujer al igual que Adán, la condena no se supera, es una nueva caída que persigue a esta nueva Eva, se repite la historia, la absurda historia de tropiezos divinos y humanos que plantea Saramago.

El hombre, al inventar un Dios, se irresponsabiliza de sus actos, los delega a este ser superior, y en nombre de este castiga los actos del otro. Dios se convierte al mismo tiempo, en chivo expiatorio de las culpas propias y medida de castigo del otro, eternizando las auto exculpaciones y los castigos ajenos. El Dios de Saramago continúa esta relación, extremada al absurdo, culpando al ser humano de sus propios errores. Es un Dios que necesitaría otro Dios para confesarse.

Esta idea de Dios altera las bases profundas de los elementos de fe, trastocando la idea de salvación y de Buena Nueva, convirtiendo este evangelio en un anti evangelio, una mala noticia, una decepción o error¹³, una promesa de salvación que es una condena.

¹¹ "Donde no hay instinto de obediencia el "tú debes" no tiene sentido alguno". (Nietzsche, 1999, p.274).

¹² Esta situación de sentirse engañado permite autodisculparse de engañar: "Hay que tener el ingenio y la buena conciencia de la bribonería, esto hace que el engañado perdone el engaño". (Nietzsche, 1999, p.115).

¹³ "Sufrir moralmente y averiguar luego que esta especie de sufrimiento está basada en un "error", esto es lo que indigna". (Nietzsche, 1999, p.115).

Alonso, Eduardo Javier. (Mayo 1999). *La temática religiosa en la obra de José Saramago*. Revista Criterio. [En línea].
Disponible: <http://www.revistacriterio.com.ar/cultura/la-tematica-religiosa-en-la-obra-de-jose-saramago/>

Arias, Juan. (1998). *José Saramago: El amor posible*. Barcelona. Planeta.

El factor Dios'. (18 septiembre, 2001). Archivo, El País. [En línea].
Disponible: http://elpais.com/diario/2001/09/18/opinion/1000764007_850215.html

Kraemer D'Annunzio, Sonia. (2005). *La Anunciación a María como modelo hermenéutico de la unión de los contrarios o coincidencia oppositorum*. Boletín del Archivo Arquidiocesano de Mérida. Venezuela.

Nietzsche, Federico. (1999). *Aforismos*. Ediciones elaleph.com.

Saramago carga contra Dios y salva a Caín. (27 agosto, 2009). Cultura, El País. [En línea].
Disponible: http://cultura.elpais.com/cultura/2009/08/27/actualidad/1251324004_850215.html

Saramago, José. (1998) *El Evangelio según Jesucristo*. Alfaguara.

Saramago, José. (2009) *Caín*. Alfaguara.

Saramago: "Seríamos mejores sin la Biblia". (22 octubre, 2009). Revista de cultura "Ñ". [En línea]. Disponible: http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2009/10/22/_-02024502.htm